

LA PEDAGOGÍA: ENTRE CIENCIA, FILOSOFÍA Y ARTE

Pedagogy: among science,
philosophy, and art

MIGUEL ÁNGEL CABALLERO ROJAS
RUY EDUARDO SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

Texto recibido: 7 de septiembre de 2019
Texto aprobado: 8 de noviembre de 2019

Resumen: Este ensayo contiene una exposición general sobre el papel de la filosofía y la pedagogía dentro del ámbito educativo. Además, acerca a ambas disciplinas hacia la comprensión del sentido de la educación y fija su posición como saberes reflexivos que proporcionan mejoras para la formación integral de las personas. Se argumenta, con base en algunos filósofos, la importancia de la pedagogía en la formación de las escuelas y de los actores de la educación. Finalmente, se rescata la idea de que son conocimientos necesarios para la conservación y ampliación de la cultura.

Palabras clave: filosofía, pedagogía, sentido, arte, Arendt.

Abstract: *This essay includes a general lecture about the role of philosophy and pedagogy in the interior of the educational sphere. Besides, it makes both disciplines concerning the understanding of the sense of education and establishes their position as reflexive knowledge that provides enhancements for the integral formation of people. It is argued, founded on some philosophers, the importance of pedagogy in the formation of schools and education actors. Ultimately, the idea that they are necessary knowledge for the preservation and extension of culture.*

Keywords: *Philosophy, pedagogy, way, art, Arendt.*

DE LA PEDAGOGÍA COMO EL ARTE DE LA EDUCACIÓN

La pedagogía es la ciencia y el arte de la educación. Sin embargo, hay una controversia sobre si es más ciencia o más un arte. Frabboni y Pinto (2006), dicen que la presión por ampliar y fortalecer su campo de conocimiento la ha orientado hacia la investigación educativa y adquirir los métodos de las ciencias sociales. Pero, hay otra parte que saben hacer los pedagogos: construir técnicas y estrategias para mejorar a la educación. Aquí es donde reside el arte de educar.

La pedagogía es un conjunto de conocimientos intrínsecamente benéficos, pues en su momento, Aristóteles (1094a), señaló al comienzo de la *Ética Nicomáquea* que “todo arte y toda investigación e, igualmente, toda acción y libre elección parecen tender a algún bien; por esto se ha manifestado, con razón, que el bien es aquello hacia lo que todas las cosas tienden”. Ya que se encarga de la educación y de la adquisición de nuevos esquemas del conocimiento, proporciona los medios más adecuados para lograr con éxito estas acciones. Asimismo, lo hace con técnicas y con investigaciones empíricas¹. Por esta razón, la pedagogía puede ser considerada una disciplina que combina los saberes científico y artesanal.

Todas las civilizaciones, comunidades y pueblos, han buscado la manera de transmitir su cultura a las generaciones jóvenes. Lo hacen a través de hábitos, rituales, costumbres, moral, lenguaje o imaginario compartidos. Pero también con la *enseñanza*, que Bourdieu y Passeron (2014) definieron como violencia simbólica, aunque sigue siendo la forma más eficaz y preferida para consolidar el proceso de aculturación.

¹ Rodríguez, A. (2009), apunta que el estatuto epistemológico de la pedagogía ha sido un debate constante, pues la presión positivista por validar sus presupuestos la inclina hacia las ciencias de la educación. La pedagogía, de la misma manera que la didáctica, el currículum, la gestión escolar y la docencia entran en un conjunto de saberes dedicados al campo educativo. En este ensayo sostenemos que la pedagogía es un saber que articula no sólo la faceta científica, sino también la filosofía y el arte.

Como violencia simbólica, la AP (acción pedagógica) sólo puede producir su efecto propio, o sea, propiamente pedagógico, cuando se dan las condiciones sociales de la imposición y la inculcación, o sea, las relaciones de fuerza que no están implicadas en una definición formal de la comunicación (p. 47).

Las disciplinas científicas y artísticas han elaborado métodos y técnicas propios para crear, ampliar, consolidar y enseñar sus saberes. Pero propiamente la pedagogía (y especialmente una rama, la didáctica) ha diseñado y elaborado los métodos más eficaces para la asimilación del conocimiento. En las reflexiones sobre este proceso, se llega a que el *aprendizaje*, a diferencia de la enseñanza, es la forma no impuesta, libre y voluntaria de conservar la cultura.

¿Qué es entonces la pedagogía? Es la ciencia y el arte de la enseñanza-aprendizaje, con el añadido de que es el campo de conocimiento cuyo objeto de estudio es la educación. Asimismo, Frabboni y Pinto (2006), la enclavan dentro de las humanidades al decir que:

La intención pedagógica es la de incitar al hombre a interpretarse como sujeto interno y vitalmente unido a la naturaleza; de llevarlo a reaprender a “sentir” y a repensar el mundo (a repensarse junto al mundo) en la continuidad que liga a todos los seres vivientes, en la “estructura que conecta” lo biológico, lo físico y lo mental (p. 142).

LA PEDAGOGÍA COMO FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

Desde antes que fuera un conocimiento epistemológicamente estructurado, la pedagogía había sido un arte. Las formas de educación de las personas o grupos humanos, de todos los tiempos y lugares, son estudiados por este saber. Por ello, a diferencia de otras ciencias y disciplinas, no proviene directamente de la filosofía, que es la raíz de los conocimientos organizados, sino más bien al contrario.

La filosofía entró en la pedagogía cuando surgieron las escuelas filosóficas: milesios,

eleatas, platónicos, peripatéticos, estoicos, epicúreos, etcétera. Estos grupos organizaron los conocimientos de un gran filósofo, los enseñaron de forma doctrinaria y conservaron su saber. Además, algunas escuelas tenían un modo peculiar de enseñanza, como en el Liceo o el Jardín. Por ejemplo, Platón y Aristóteles tuvieron una particular visión de la educación. En la *República* (522c-533b), el ateniense construyó un currículo para formar a los gobernantes filósofos a largo plazo. En la *Política* (1335a) del estagirita, se recomienda que la educación de los jóvenes se base en una combinación de gimnasia y música hasta los 20 años, y posteriormente, elegir a los mejores para el gobierno de la ciudad, enseñándoles las artes militares y económicas.

Cada filósofo ha dado su opinión con respecto a cómo se debería educar a las personas. Pero juzgaron con base en sus conceptos sobre el conocimiento. Para estos pensadores, la mayoría de las creencias no deberían de transmitirse, sino sólo aquellas que están fuertemente justificadas. De este modo, todo lo que se alcance a saber y digno de transmitirse, debe pasar por un examen epistemológico (*República*, 476d; *Política*, 1333b). Sin embargo, esto solo aplicaría para los saberes académicos o científicos. ¿Qué pasa con las artes, las tradiciones, o incluso los juegos? Cuando los filósofos hablan de la educación, lo hacen desde los horizontes de la lógica, de la ética o de la ontología, pero raramente apelan al conocimiento que ha elaborado la pedagogía. De entre ellos, destaca Hannah Arendt, quien elaboró una idea de la educación concretada como un factor de la condición humana.



LECCIÓN 22. DIATRIBA DE LA OBEDIENCIA

LA ACCIÓN PEDAGÓGICA

El problema de la separación entre técnica y pensamiento es un tema recurrente en la filosofía contemporánea. Se pueden encontrar referencias a él, en autores tan distintos como Martin Heidegger y Theodor Adorno, Karl Jaspers y Kojin Karatani o Bolívar Echeverría y Byung-Chul Han. En general, se trata de un problema que se hace patente cuando en las formas de vida se instala una preminencia del hacer sobre el pensar que obscurece, oculta o distorsiona la finalidad y consecuencias de las acciones humanas, de tal modo que actuamos sin saber con certeza a dónde llegaremos con ese actuar o con la creencia de que se está persiguiendo un fin cuando en realidad se alcanzará uno distinto. El alcance de estas discusiones en la filosofía es amplio y no es de extrañar que la educación se haya encontrado dentro de su área de influencia. Una de las figuras que expuso con más claridad la forma en la que este problema alcanza el ámbito educativo fue Hannah Arendt.

El ya clásico libro de Arendt *La condición humana* (2003), inicia con una referencia a la progresiva incapacidad humana de decir en

La labor del profesor a lo largo del siglo XX pasó, de ser la de un experto en una asignatura específica a la de ser un experto en educación.

palabras lo que la ciencia es capaz de hacer: “Las *verdades* del moderno mundo científico, si bien pueden demostrarse en fórmulas matemáticas y comprobarse tecnológicamente, ya no se prestan a la normal expresión del discurso y del pensamiento” (p. 15). De esta forma, se establece una distinción entre el *know-how* y el pensamiento que entiende consecuencias y puede dar cuenta de su actuar, lo que nos convierte en “irreflexivas criaturas a merced de cualquier artefacto técnicamente posible” (p. 16), pues hay cosas de las que somos técnicamente capaces, pero cuyo sentido no logramos vislumbrar con claridad. Nuestro mundo sería el de un *homo faber* de poderosas capacidades, pero cuyo “discurso ha perdido su poder. Y cualquier cosa que el hombre haga, sepa o experimente sólo tiene sentido en el grado en que puede expresarlo” (p. 16). De este modo, para Arendt (2003), la labor de los teóricos sería la de aceptar el reto de pensar lo que hacemos (p. 18), pues la decisión sobre nuestras capacidades no debería dejarse sólo a los científicos, ya que su uso nos afecta a todos, lo que convierte a la ciencia en un asunto de carácter público y político (p. 15).

Que la ciencia y la técnica sean comprendidas como formas de hacer que van más allá de nuestras intenciones y planes, tiene profundas consecuencias para todos los campos de acción en los que se desarrollan. Uno de esos campos es el de la educación, pues hay una ciencia que se ha dedicado a establecer técnicas que puedan ser implementadas en la enseñanza, por lo cual Arendt (1996), describe que: “la pedagogía se desarrolló, en general, como una ciencia de la enseñanza, de tal manera que llegó a emanciparse por completo de la materia concreta que se va a transmitir” (pp. 193-194). La labor del profesor a lo largo del siglo XX pasó, según Arendt, de ser la de un experto en una asignatura específica a la de ser un experto en educación, lo que ha

dado como resultado que los profesores conozcan muchos aspectos técnicos sobre la enseñanza, pero “como el profesor no tiene que conocer su propia asignatura, ocurre con poca frecuencia que apenas si está una hora por delante de sus alumnos en cuanto a conocimientos” (p. 194). Detrás de esta forma de concebir la enseñanza se encuentra la idea de que “sólo se puede saber y comprender lo que uno mismo haya hecho, y su aplicación al campo educativo es tan primaria como obvia: en la medida de lo posible, hay que sustituir el aprender por el hacer” (p. 194). Como hay muchas formas de hacer, se ha aceptado que hay formas de hacer más cercanas a quienes no son adultos, el juego es una de ellas y, por tanto, se ha promovido la práctica de esas formas de hacer en las escuelas.

En una búsqueda por dotar a los estudiantes de un lugar que les fuera propio dentro de los centros educativos, se procuró hacer de esos centros, espacios idóneos para jóvenes y estudiantes, no para adultos. Con este propósito fue que se pensaron escuelas donde la autoridad de los adultos tiene un papel marginal, Arendt (1996), describe que “la autoridad que dice a cada niño qué tiene que hacer y qué no tiene que hacer está dentro del propio grupo infantil” (p. 192). Estos tres aspectos (profesores expertos en educación, preminencia del hacer sobre el saber y autorregulación de las comunidades de estudiantes) que modificaron la perspectiva de lo que la educación debía ser a lo largo del siglo pasado, son considerados por Arendt (1996), los tres supuestos básicos que han generado una crisis en la educación (p. 196) que, podríamos pensar, se prolonga hasta nuestros días. Pero sobre este último punto avanzaremos más adelante.

¿En qué consiste esa crisis?, para Arendt (1996), las escuelas ya no están cumpliendo el propósito que deberían y esto es así por la autoridad a la que, no sólo los profesores,

sino los adultos en general, han renunciado. Las huellas de esa renuncia se encuentran en cada uno de los tres supuestos. En el primer supuesto, cuando los profesores renuncian a ser expertos en su asignatura, renuncian con ello a “la fuente más legítima de la autoridad del profesor: ser una persona que, se mire por donde se mire, sabe más y puede hacer más que sus discípulos” (p. 194). Por otra parte, establecer que hay ciertas formas de hacer más adecuadas para los estudiantes y con ese pretexto alejarlos de las que son propias de los adultos es un procedimiento que “intenta conscientemente mantener al niño, aunque ya no lo sea, en el nivel del infante a lo largo del mayor tiempo posible” (p. 195). Finalmente, ceder a los niños la responsabilidad sobre qué deben y no hacer es algo que puede parecer liberador para ellos en un primer vistazo, pero esta cesión “toma en cuenta sólo al grupo y no al niño como individuo” (p. 193), lo que tiene como consecuencia que el estudiante se vea solo, enfrentado a un grupo mucho más autoritario que cualquier adulto, “una minoría de uno enfrentada con la mayoría absoluta de todos los demás” (p. 193). Cuando los adultos se apartan en este aspecto, abandonan al niño “a una autoridad mucho más aterradora y tiránica” (p. 193).

En todos estos casos, podemos observar un elemento común: los adultos no están dispuestos ya a ejercer ninguna forma de autoridad sobre los jóvenes y niños. Los niños y jóvenes son individuos nuevos en un mundo que ya estaba antes que ellos y del cual son responsables justamente esos adultos que los traen al mundo. Por eso es también responsabilidad de esos adultos tener autoridad sobre los recién llegados y con autoridad nos referimos a auxiliarlos, robustecerlos y completarlos (Domingo, 1999), pues la niñez y la juventud son partes de un proceso mediante el cual los nuevos en el mundo se integran paulatinamente en él. Según Arendt (1996), los niños no pueden llegar al mundo y establecerse en él como si fueran ya adultos, necesitan primero un espacio seguro en el cual crecer, mismo que corresponde a la familia y la vida privada (pp. 197-198). La educación viene a cobrar relevancia como espacio de

tránsito entre la vida privada de la familia y la pública, el niño debe ser introducido gradualmente “para que este ser nuevo llegue a fructificar en el mundo tal como el mundo es” (p. 201). Los maestros son frente al niño y el joven los que representan ese mundo, “la calificación del profesor consiste en conocer el mundo y en ser capaz de darlo a conocer a los demás, pero su autoridad descansa en el hecho de que asume la responsabilidad con respecto a ese mundo” (p. 201). El maestro debe ser capaz de mostrar el mundo y hacerse responsable de él y la forma de mostrarlo se encuentra justamente en el dominio de su área de estudio, sin la cual no hay mucho que mostrar, por esto el profesor es frente a sus estudiantes un “representante de todos los adultos, que le muestra los detalles y le dice: Éste es nuestro mundo” (p. 201).

La crisis en la educación se muestra para Arendt (1996) como resultado de que los adultos rechazaron la autoridad, “esto sólo puede significar una cosa: que se niegan a asumir la responsabilidad del mundo al que han traído a sus hijos” (p. 202). Si antes se dijo que la crisis educativa radica en el hecho de que las escuelas ya no cumplen su propósito, ahora podemos continuar esa idea: el propósito de las escuelas es permitir que los recién llegados conozcan el mundo, encuentren un lugar en él y decidan hacerse responsables de él igual que los adultos se hacen responsables de un mundo que no comenzaron ellos mismos, sino que ya estaba comenzado cuando llegaron a él. Pero resulta muy complicado, si no imposible, que eso suceda cuando la autoridad de los adultos desaparece de las escuelas.

EL SENTIDO PEDAGÓGICO DE LA EDUCACIÓN

Apelando a la tesis de Arendt (2003), filosofía y pedagogía se unen para reflexionar sobre el sentido de la educación en la vida humana, análogamente como una obra de arte, elaborando cuestiones como la de ¿para qué educar?

La construcción del espacio público en la imagen de un objeto fabricado llevaba solo consigo, por el contrario, la implicación de la maestría y experiencia corriente en el arte de

la política como en todas las demás artes, donde el factor apremiante no radica en la persona del artista o artesano, sino en el objeto impersonal de su arte u oficio (p. 247).

Para Bourdieu y Passeron (2014), la educación es una actividad bastante seria, pues allí se ponen en juego los valores y los proyectos de una civilización. También, es un asunto al que no se le ha dado su apropiado valor en el ámbito académico, en donde las ciencias naturales y sociales llevan la delantera en obtener recursos para el progreso de un país. Al parecer, se considera a la educación algo dado por hecho, suponiendo que los conocimientos bien elaborados van a ser fácilmente aceptados y asimilados por la comunidad (p. 49).

Cuestionarse y justificar críticamente todo tipo de conocimiento, así como de establecerlos en el mundo mediante técnicas y obras, son asuntos que competen a la filosofía y también a la pedagogía. Allí es donde podrían unirse para que la educación cobre el sentido e importancia que merece. Una filosofía de la educación permite reflexionar sobre la tarea educativa. Pero una pedagogía filosófica, no meramente instrumental, podría formar criterios amplios y abiertos para pensar nuevas alternativas en las acciones de los actores educativos: profesores, estudiantes, padres de familia y funcionarios de instituciones escolares, Rodríguez (2009), afirma:

La filosofía, entonces, desde la epistemología, puede establecer una relación en la cual se favorezca el proceso educativo, se construya un conocimiento que le permita al individuo comprenderse a sí mismo y su entorno. Además, le permite a la pedagogía o reflexión sobre la educación, tener claro el momento en que se empezó a abrir una brecha en la que surgen varios tipos de conocimiento, entre los cuales unos adquieren más valor que otros, según afirman algunos, por su “carácter científico” (p. 22).

Sin conciencia pedagógica, un profesor es un mero trabajador intelectual; un alumno es un espectador de una audiencia; un padre de familia ve a la escuela como alternativa de su

obligación para educar a sus hijos. Es necesario concebir el acto educativo como algo real, como una sustancia transformadora que podría cambiar el destino de una persona, una familia, una nación o a la humanidad.

En síntesis, la pedagogía es un saber necesario para dar forma y sentido a la educación, pero al mismo tiempo, debe apelar a sus formas filosóficas y artesanales para que su tarea como saber organizador de la educación sea reconocida a la par de las grandes disciplinas académicas².

REFERENCIAS

- Arendt, A. (1996). *Entre el futuro y el pasado*. Barcelona, España: Península.
- Arendt, A. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Aristóteles. (1094). *Ética Nicomáquea. Política*. Tr. Julio Palli. Madrid, España: Gredos.
- Bourdieu, P; Passeron, J. (2014). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Ciudad de México, México: Fontamara.
- Frabboni, F; Pinto, M. (2006). *Introducción a la pedagogía general*. Ciudad de México, México: Siglo XXI.
- Platón. *Diálogos IV. República*. Tr. Conrado Eggers. Madrid, España: Gredos.
- Rodríguez, A. (2009). *¿Cuál es el significado actual de la relación epistemología - filosofía - pedagogía?* Revista Latinoamericana de Estudios Educativos (5), núm. 1, pp. 9-25. Recuperado el 4 de Noviembre de 2019, del sitio: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=134115204002>.
- Zambrana, Patricia. (1999). *Auctoritas En Derecho Romano*. Revista de estudios histórico-jurídicos, (21), pp. 487-489. Recuperado el 4 de Noviembre de 2019, del sitio: <https://bit.ly/2sHXO8R>.

² Al final de su artículo, Rodríguez concluye también que “La relación entre filosofía y pedagogía se empieza a trazar desde diferentes ángulos, y es evidente que aún hoy la filosofía es de gran importancia, tanto en la reflexión teórica sobre el fenómeno educativo, como en la orientación y la transformación de la educación misma. Esto es así porque la filosofía, desde la epistemología, la lógica, la ética y otros saberes, aporta al mejoramiento de la formación plena del ser humano. Adicionalmente, la filosofía nos ayuda a ver que, para alcanzar el buen vivir, se requiere del conocimiento y la valoración de éste como un fin en sí mismo” (Rodríguez, 2009, p. 23).